

EL PROYECTO CUEVA PINTADA
Y LA ARQUEOLOGÍA PREHISPÁNICA
DE GÁLDAR (GRAN CANARIA).
BALANCE Y PERSPECTIVAS
DE DOS DÉCADAS
DE INVESTIGACIONES

POR

**JORGE ONRUBIA PINTADO,
CARMEN GLORIA RODRÍGUEZ SANTANA**

y

JOSÉ IGNACIO SÁENZ SAGASTI

Hace ahora algo más de veinte años que uno de nosotros secundaba a nuestro recordado Celso Martín de Guzmán en la responsabilidad de poner en marcha un necesario proyecto de documentación, preservación y valorización de uno de los más excepcionales testimonios del patrimonio arqueológico gran-canario: la Cueva Pintada de Gáldar. Tres décadas antes veía la luz el *Anuario de Estudios Atlánticos*, publicación periódica de referencia que ha acogido en sus páginas varios de los trabajos que han dado cuenta de las actuaciones realizadas en el marco de este proyecto, convertido, hoy, en una realidad palpable. Resulta comprensible, en consecuencia, que la presentación de un apretado balance de los resultados de dos decenios de investigaciones arqueológicas en el caserío prehispánico de la Cueva Pintada, y de los nuevos horizontes que éstos abren, nos haya parecido la mejor manera de responder a la amable invitación de

los editores de esta revista científica para colaborar en un número extraordinario que quiere conmemorar el cincuentenario del inicio de su actividad. Sobre todo cuando de lo que se trata, en realidad, es de aprovechar esta ocasión para rendir un merecido homenaje a su fundador y director, Antonio Rumeu de Armas, autor de una obra historiográfica amplia y fecunda como pocas que, por añadidura, no ha dejado de abordar entre sus objetos de estudio a los indígenas isleños. A ellos ha dedicado, de hecho, algunas de sus más estimables páginas.

EL PROYECTO CUEVA PINTADA: UN PROGRAMA DE ARQUEOLOGÍA APLICADA

Como es de sobra conocido, el conjunto rupestre de la Cueva Pintada de Gáldar fue descubierto de manera fortuita con ocasión del acondicionamiento de uno de los huertos abanca- lados rodeados de edificaciones que, hasta fecha muy reciente, han caracterizado la trama urbana y la tipología constructiva del centro histórico de la ciudad (figura 1). Aun cuando tradicionalmente se date su localización en 1873, y se haga responsable de la misma a José Ramos Orihuela, varios datos concordantes y contrastados permiten, sin embargo, retrotraer esta fecha hasta 1862 y, casi con absoluta seguridad, relacionar su hallazgo con la instalación en esta zona de una explotación agrícola de regadío dedicada al cultivo de tuneras en las que llevar a cabo la cría de la cochinilla¹. Durante una centuria, el testero de la cámara policromada que centra el complejo troglodita, la Cueva Pintada propiamente dicha, será la única parte accesible del mismo al quedar con el tiempo al margen de los sepultamientos a los que condujo, de forma inmediata a su exhumación, la prosecución de las labores de aterrazamiento y puesta en cultivo de estas fincas.

Tras numerosos avatares, se inicia en 1970 una serie de trabajos de restauración, mejora de la accesibilidad y protección de

¹ Los argumentos en que se apoyan estas afirmaciones, y algunos otros extremos relacionados con la historia del descubrimiento y conocimiento de la Cueva Pintada, pueden seguirse en ONRUBIA PINTADO, 2003, pp. 328-348.

la Cueva Pintada que tienen por objeto convertirla en un auténtico yacimiento visitable (figura 2). Para sorpresa de sus responsables, que lamentablemente sólo alcanzaron a llevar a cabo una ocasional y más que somera supervisión arqueológica, estas actuaciones sirvieron para sacar otra vez a la luz el resto del conjunto rupestre² que pudo así ser adecentado y presentado en su totalidad. Pero, transcurrido apenas un decenio desde la apertura al público en 1972 de esta zona arqueológica y de sus nuevas instalaciones, la ostensible degradación de la ornamentación mural aconseja modificar la cubierta y el cierre entonces ejecutados. A fin de mitigar los efectos sobre las pinturas de las infiltraciones de agua procedentes de cotas superiores, en esta nueva intervención se acomete, entre otras obras, la instalación de un drenaje en el trasdós del muro de hormigón que deslindaba, desde la actuación precedente, el espacio arqueológico de los huertos aún en explotación en ese momento. Los hallazgos producidos en el curso de estas tareas, unidos a las evidencias obtenidas en el estudio de los materiales recuperados la década anterior³, van a suministrar los elementos sobre los que se elabora, desde 1982, un programa de documentación arqueológica del entorno de la Cueva Pintada que discurrirá en paralelo al diseño de un plan de recuperación y salvaguarda de la cámara policromada, clausurada ese mismo año a causa de su imparable deterioro. Nace así el Proyecto Cueva Pintada.

Por razones que no viene al caso evocar ahora, su materialización habrá de esperar, no obstante, hasta 1986, momento en que esta zona arqueológica se incluye, merced al acuerdo de principio suscrito entre el Ministerio de Cultura y el Gobierno de Canarias, en la nómina de intervenciones arqueológicas en «yacimientos preferentes» auspiciadas por el Departamento de Arqueología del entonces Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales. Antes de concluir el año, este programa se transformará en un Plan Nacional de Parques Arqueológicos de carácter experimental⁴. De esta manera, en 1987 iniciará su andadura el proyecto de parque arqueológico de la

² BELTRÁN y ALZOLA, 1974; ONRUBIA PINTADO, 1986.

³ ONRUBIA PINTADO, 1986.

⁴ QUEROL, 1993.

Cueva Pintada, ambicioso programa transdisciplinar de documentación, preservación, musealización y difusión patrimonial que, tras la incorporación del Cabildo de Gran Canaria y del Ayuntamiento de Gáldar a la nómina definitiva de administraciones públicas implicadas, se encuentra actualmente en avanzada fase de ejecución⁵.

La articulación y materialización de un programa de investigaciones arqueológicas susceptible de adaptarse a las demandas impuestas por las distintas etapas de diseño y ejecución del proyecto de parque arqueológico apareció, en toda lógica, como una absoluta prioridad desde la fase misma de redacción del anteproyecto (1987-1988). Así las cosas, no semeja necesario explicar en detalle las razones que han llevado a que la estrategia desarrollada hasta la fecha no haya podido, ni querido, ir más allá de las exigencias de un programa de arqueología aplicada a la consecución del Parque Arqueológico Cueva Pintada cuya definición se ha caracterizado desde el principio, dicho sea de paso, por una concepción museológica abierta y por una propuesta de configuración espacial tan flexible como para adaptarse, sin rigideces, a la evolución de los trabajos de excavación.

A la postre, y por expresarlo en pocas palabras, todo ha consistido en crear, documentar y acondicionar un espacio arqueológico continuo, suficientemente representativo y comprensible, capaz de articularse a partir de un itinerario de visitas orientado y sostenible, y de soportar, sin hipotecas ni concesiones irreversibles, las infraestructuras y dotaciones necesarias. Ni que decir tiene que este objetivo ha condicionado desde la disposición, extensión y límites de la zona excavada, hasta la propia metodología y mecánica de actuación. La necesidad de privilegiar por encima de cualquier consideración de tipo exclusivamente científico la preservación y la «lectura» de los vestigios que habrían de ser presentados, ha hecho que, por ejemplo, la realización de sondeos stratigráficos en profundidad no haya sobrepasado nunca el umbral de lo estrictamente indispensable

⁵ MARTÍN DE GUZMÁN y otros, 1993; ONRUBIA PINTADO, MORENO SÁNCHEZ y ANTONA DEL VAL, 1999; ANTONA y otros, 2002; SÁENZ SAGASTI, RODRÍGUEZ SANTANA y ONRUBIA PINTADO, 2003.

de cara a disponer de una información relevante sobre la duración y evolución de la ocupación prehispánica. Además, el énfasis puesto en la conservación ha determinado no sólo la localización y la tipología de las infraestructuras, o la planificación y seguimiento de las obras a ellas asociadas, sino, también, la puesta en marcha, en paralelo al desarrollo de los trabajos de excavación en sentido estricto, de un protocolo de protección y consolidación paulatina de los restos localizados. Salta por lo tanto a la vista hasta qué punto la arqueología se ha convertido aquí, en primera instancia, en una disciplina aplicada que, al tiempo que ha asumido las particulares prioridades del proyecto en el que se inserta, se ha ajustado con precisión a los ritmos y servidumbres que éste ha exigido.

Desde esta perspectiva, es fácil comprender por qué, junto a los estudios científicos relacionados con la conservación de la decoración mural del complejo rupestre, los trabajos de excavación propiamente dichos han ocupado, hasta ahora, el lugar más destacado de entre todas las actuaciones realizadas al amparo del programa de investigaciones arqueológicas diseñado. Comenzadas en la primavera de 1987 tras una campaña preliminar de prospección geoelectrica⁶ luego completada con un reconocimiento geofísico más exhaustivo, las tareas de excavación arqueológica se han extendido, de forma casi ininterrumpida aunque con una cadencia y una intensidad variables, hasta el año 2002 (figuras 3 y 4). Se han realizado así, a día de hoy, catorce campañas⁷ cuya duración acumulada totaliza, a falta de apenas una semana, cuatro anualidades completas y cuya área de intervención abarca, en su conjunto, algo más de 5300 m². Esta superficie, unida a los 740 m² que se vieron afectados por los desmontes relacionados con la exhumación del complejo troglodita en los años setenta del pasado siglo, representa casi las tres cuartas partes del aterrazamiento agrícola

⁶ CÁMARA y otros, 1992.

⁷ Los informes preliminares correspondientes a la mayoría de estas campañas han sido ya publicados: MARTÍN DE GUZMÁN y ONRUBIA PINTADO, 1990; MARTÍN DE GUZMÁN y otros, 1992; MARTÍN DE GUZMÁN, ONRUBIA PINTADO y SÁENZ SAGASTI, 1994; MARTÍN DE GUZMÁN, ONRUBIA PINTADO y SÁENZ SAGASTI, 1996; FONTUGNE y otros, s.a.

original correspondiente a la zona arqueológica de la Cueva Pintada.

LA SECUENCIA PREHISPÁNICA

Conforme apuntaban las evidencias arqueológicas y los indicios geofísicos en los que, como acabamos de ver, se basó en su día el diseño del programa de investigaciones arqueológicas, los trabajos de excavación desarrollados entre 1987 y 2002 han sacado a la luz, bajo los banales de cultivo, una densa ocupación prehispánica que rodea, hasta saturar completamente su entorno, el conjunto rupestre de la Cueva Pintada (figura 5). Cabe reseñar que estos vestigios, si bien selectivamente afectados desde el momento mismo de la repoblación castellana por nuevas construcciones, varias zonas de extracción de cantos y sucesivos acondicionamientos agrícolas, presentan un muy aceptable estado de conservación general.

Las observaciones de campo y los estudios geoarqueológicos⁸ permiten establecer con claridad la existencia de dos fases bien diferenciadas en la evolución de esta ocupación prehispánica. Por su parte, la treintena larga de fechas de carbono 14 (C14) hoy disponibles y las distintas dataciones obtenidas por termoluminiscencia (TL) y arqueomagnetismo⁹ ofrecen, junto a las indicaciones cronológicas suministradas por el propio material arqueológico, un marco coherente, aunque todavía incompleto, a la hora de situar correctamente en el tiempo este desarrollo.

Gracias a este conjunto de datos sabemos que la presencia humana en esta zona de Gáldar se inaugura con una serie de

⁸ LARIO GÓMEZ y otros, en prensa.

⁹ En la actualidad, contamos con una nómina de 36 fechas C14 publicadas casi en su totalidad en las distintas referencias bibliográficas citadas en la nota 7; referencias que también se han hecho eco, en lo que a ellas respecta, de las estimaciones paleomagnéticas. Las dos únicas dataciones C14 que todavía permanecen inéditas, recientemente obtenidas, suministran la siguiente cronología: Gif-11813: 1045 ± 45 BP, cal. 894/1147; Gif-11814: 1215 ± 45 BP, cal. 686/958. Por su parte, los resultados de las fechas TL, aún pendientes de una adecuada publicación y discusión, han sido ya adelantados en ONRUBIA PINTADO y otros, 2000, p. 51, nota 93.

estructuras cuyo origen se remonta al siglo VII. No es fácil reconstruir la secuencia del funcionamiento de este primer poblado, notablemente afectado por las instalaciones aborígenes posteriores, ni rastrear si ésta encierra uno o, tal vez, varios episodios de reacondicionamiento separados o no por periodos de inactividad. Pero lo cierto es que no más tarde de la primera mitad del siglo XI se produce un abandono aparentemente generalizado de las viviendas y ámbitos domésticos en uso hasta ese momento. Por lo que parece, esta deserción es súbita y está marcada, en algunos casos, por evidentes niveles de incendio.

Más tarde se documenta una intensa repoblación de todo este espacio doméstico. Aun cuando no haya sido posible establecer por el momento, con total precisión, el lapso de tiempo transcurrido entre el abandono y la reocupación, ésta tiene todos los visos de acontecer entre los siglos XIII y XIV, avanzado ya el enterramiento de las moradas deshabitadas. Sólo así puede justificarse, entre otras cosas, el tipo de desmantelamiento sufrido y la recurrente presencia en estas estructuras de abundantes repertorios arqueológicos, en no pocos casos intactos. En lo que constituye una sustancial modificación de la trama habitacional, los ahora llegados transforman y ciegan antiguas cámaras trogloditas, arrasan y terraplenan las casas cruciformes del anterior asentamiento al objeto de alzar, sobre sus cimientos y ruinas, sus propias viviendas semisubterráneas. Aunque ignoremos, como acabamos de señalar, cuándo tiene lugar exactamente la construcción de estas fábricas, las indicaciones cronológicas proporcionadas por los materiales de importación peninsulares hallados en el interior de casi todas ellas prueban, en consonancia con lo que sabemos acerca de la importancia que el lugar indígena de Gáldar y sus pobladores tienen en este momento¹⁰, su utilización entre el último cuarto del cuatrocientos y las primeras décadas de la centuria siguiente.

De manera significativa, el definitivo abandono de este segundo caserío, que todo apunta a considerar como un proceso en modo alguno abrupto, marca el final de la función residencial que ha caracterizado esta zona de Gáldar a lo largo de nueve

¹⁰ ONRUBIA PINTADO, 2003, pp. 265-382.

siglos. De hecho, para la fase de repoblación castellana sólo tenemos constancia de la edificación, en un momento indeterminado, de una casa de nueva planta en este espacio convertido ya en un despoblado. Se trata de un muro interiormente encajado que se superpone a una de las casas indígenas delimitando una superficie zonalmente empedrada en la que se han recuperado abundantes restos de tejas y adobes. El hallazgo en sus proximidades de varios fragmentos de formas azucareras, y de otros objetos eventualmente relacionados con la transformación del azúcar, sugiere la posibilidad de poner en relación esta construcción con el trapiche que, con toda seguridad, molía en esta zona de la naciente villa hispano-canaria en los primeros compases de su desarrollo¹¹.

ESTRUCTURAS Y MATERIALES ARQUEOLÓGICOS

Ya hemos adelantado la existencia de algunas importantes lagunas en la información que poseemos acerca del más antiguo caserío prehispánico que se alza en lo que hoy es la zona arqueológica de la Cueva Pintada. Las alteraciones provocadas por la ocupación indígena posterior y las limitaciones impuestas por la necesidad de preservar, durante los trabajos de excavación, la integridad de las estructuras arqueológicas que lo fosilizan hacen que nuestro conocimiento de ese precoz asentamiento se reduzca a los datos suministrados por los restos de algunas dispersas casas de planta interior cruciforme, casi completamente arrasadas, y por los vestigios de distintas cámaras excavadas en la roca, en general muy modificadas por los acondicionamientos ulteriores. La única excepción a esta regla la constituye un gran ámbito rupestre desmochado, el denominado corte 0, donde se ha localizado, formando parte de un importante ajuar doméstico en posición primaria, un notable lote de cerámicas compuesto por una veintena de piezas prehispánicas prácticamente completas (figura 6). La misma función, vasares y hogares en este caso al aire libre, parece con-

¹¹ ONRUBIA PINTADO y otros, 1998.

venir a toda una serie de pequeños recintos oblongos o ultrasemicirculares excavados en la roca o delimitados por muretes de piedra seca que, también con abundante material fracturado *in situ*, no dejan de presentar alguna analogía constructiva con ese ámbito. En este caso, todo parece indicar que nos encontramos, con bastante probabilidad, ante cocinas exteriores a las viviendas de esta fase.

Conocemos mejor, en toda lógica, las estructuras correspondientes a la segunda fase de ocupación, la única que puede ser calificada como indígena en sentido estricto¹². Resulta evidente el papel que en la organización de este postrer caserío desempeña el conjunto rupestre de la Cueva Pintada, en cuyo entorno pugnan por concentrarse casi una treintena de viviendas semisubterráneas que llegan, incluso, a instalarse sobre el techo de la propia cámara policromada. Es cierto que las condiciones en que se desarrollaron los trabajos de los años setenta hacen que no dispongamos ahora de ningún indicio cronológico seguro para fechar la utilización de este grupo de cavidades artificiales. Pero hay que reconocer que no es fácil explicar de manera razonada la disposición y la configuración del barrio autóctono si no admitimos el funcionamiento solidario del complejo troglodita y de las edificaciones que se agolpan en sus inmediaciones. Además, las coincidencias tipológicas y a veces técnicas entre las unidades de habitación completamente excavadas y las moradas semisubterráneas son tan manifiestas que resulta difícil negar su contemporaneidad. Por último, y aun admitiendo un posible origen ligado al primer asentamiento, suponer que el complejo troglodita debe asociarse con exclusividad a este

¹² Aunque suene a perogrullada, conviene recordar que siempre se es indígena respecto a un colono y viceversa. Siguiendo una práctica ya habitual en nuestros trabajos, reservamos pues este término, o sus sinónimos (natural, aborígen, autóctono...), a la formación social isleña correspondiente a la fase de transición colonial que determina el pasado de Gran Canaria, y de sus habitantes, entre el segundo tercio del siglo XIV y las últimas décadas del XV. Desde esta toma de posición conceptual y terminológica, el concepto y la voz prehispánico, que en su sentido más amplio puede convenir también a la fase plenamente indígena, contaría, a nuestro juicio, con una acepción restringida que sólo sería aplicable, en rigor, al periodo de desarrollo histórico anterior a esta etapa.

caserío, exige demostrar al menos dos extremos. Primero, que el abandono de este espacio fue total y definitivo a mediados del siglo XI. Segundo, que por algún extraño motivo, que contraviene lo que ocurre con los restantes vestigios del primitivo poblado hoy documentados, los nuevos moradores decidieron dejar intacto este ámbito. Parece difícilmente cuestionable, en suma, que, fuera cual fuese el momento inicial de su acondicionamiento, el aspecto del conjunto rupestre tal y como ha llegado hasta nosotros guarda un estrecho vínculo con el repoblamiento indígena de esta zona de la colina de Gáldar, cuya fisonomía marca y determina.

Por razones obvias relacionadas tanto con su estado actual como con las necesidades ligadas a su conservación, las investigaciones llevadas a cabo en el complejo troglodita se han centrado, en prioridad, en el estudio de su decoración mural a partir, entre otros métodos, de la toma de imágenes en espectro visible y en infrarrojo y de la realización de un completo protocolo de análisis de pigmentos (figura 7) y recubrimientos arcillosos¹³. Aun cuando la cámara policromada no haya sido la única cavidad en recibir una ornamentación pintada, el estado de conservación de los ámbitos que no contaron con una protección similar a la brindada por las viseras de toba de las habitaciones septentrionales, las únicas porciones de techos respetadas por la actividad extractiva, impide efectuar observaciones que vayan más allá de la constatación formal de la existencia de llagueados de mortero en muchos de sus alzados. Pero, sin ir más lejos, las dos cámaras que flanquean la Cueva Pintada en sentido estricto presentan numerosas trazas de haber recibido continuos enlucidos arcillosos y enjalbegados de almagre. Los restos de pintura roja se han preservado particularmente bien, a veces bajo rellenos fisurales de distintas argamasas e incluso superpuestos a los mismos, en el interior de los nichos y alcobas abiertos en ambos ámbitos. En la cavidad situada a la izquierda de la cámara policromada, una banda roja, zonalmente constituida por metopas de líneas dentadas superpuestas¹⁴, co-

¹³ ONRUBIA PINTADO y otros, 2002; SÁNCHEZ-MORAL y otros, 2002.

¹⁴ Estos motivos, hoy imposibles de identificar, pueden observarse a la perfección en una serie de fotografías en color tomadas en el curso de las

ría por la parte superior de la pared dando réplica a un ancho zócalo almagrado. En la de la derecha, una amplia faja de color rojo enmarca el vano del aposento lateral, frente al cual las diseminadas motas de almagre de los muros se densifican para constituir un zócalo pintado de unos 70 cm de altura. Este último esquema decorativo se repite en el resto de las habitaciones de este caserío certificando el carácter doméstico de esta cavidad.

En el interior de la cámara policromada también se documentan revestimientos que consisten, básicamente, en la aplicación de morteros y argamasas bajo la forma de llagueados y enlucidos que llegan a actuar como preparado de base de las pinturas. Es importante indicar que, al igual que ocurre en varias casas de esta fase, algunos de estos enfoscados fueron elaborados con pastas obtenidas a partir del machaqueo de una mezcla carbonatada sometida a calcinación a la que, en un proceso de trabajo similar a la fabricación de morteros de cal, se añadió posteriormente agua y arena¹⁵. Respecto a la pintura mural, existen diversas manchas de almagre que cubren algunas superficies en la base de los alzados de la parte más exterior de la cavidad. Aun cuando aquí no parezcan componer banda o motivo definido alguno, las aplicaciones rojas son particularmente densas en la pared derecha, en las proximidades de la tendida escalinata de acceso, y, singularmente, en el gran nicho lateral que, con toda seguridad, estuvo en algún momento completamente almagrado. En el testero, si bien las trazas de materia colorante aún observables confirman lo recogido por distintos textos¹⁶ en relación con la existencia de una capa de color rojo uniforme que cubría el techo de la cavidad, su presencia, bajo forma de pequeñas motas rojas, no permite en cam-

actuaciones de los años setenta por Julio Moisés, el restaurador encargado, junto con Pilar Leal, de llevar adelante la limpieza y consolidación de las pinturas. Agradecemos a Juan Carlos Domínguez Gutiérrez, responsable de lo que ha sido el Servicio de Patrimonio Histórico del Cabildo de Gran Canaria hasta su reciente e inopinada supresión, la comunicación de estos interesantes documentos gráficos.

¹⁵ Sobre este tipo de morteros, y sobre el problema del uso de la cal entre los indígenas canarios, consultar ONRUBIA PINTADO, 2003, pp. 356-357.

¹⁶ ONRUBIA PINTADO, 2003, p. 342, nota 201.

bio decidir si, como no sin contradicciones recogen algunas de esas mismas descripciones, el enjalbegado de almagre se extendía asimismo por el amplio zócalo, ahora recubierto de una costra arcillosa relativamente espesa, situado bajo los paneles geométricos.

En cuanto a estos célebres frisos policromos, el obligado reposo al que hubo que condenar a la Cueva Pintada en 1982 semeja haber tenido, como certifican el reciente trabajo de Narciso Hernández Rodríguez¹⁷ y nuestras propias observaciones, un efecto positivo en la visibilidad de algunas de las zonas decoradas. Si consideramos que el diseño propuesto por Antonio Beltrán Martínez y José Miguel Alzola González responde fielmente al estado de los paneles en el momento de redactar su conocido trabajo¹⁸, habremos de convenir, en efecto, que la contemplación a simple vista de determinados motivos semeja haber mejorado ostensiblemente desde entonces. Sin ir más lejos, ahora se pueden identificar en el panel izquierdo, el friso A de esos autores, algunos otros círculos concéntricos en la franja superior, y más columnas de cuadrados bipartidos en alternancia cromática en la zona A1. De otro lado, en el remate superior del tercio izquierdo del panel central se observa, frente a lo indicado por Alzola y Beltrán y en sintonía con la descripción de René Verneau¹⁹, la existencia de dos alineaciones superpuestas de círculos concéntricos. Conviene indicar, por último, que el análisis de los pigmentos ha aportado, entre otros datos en los que no vamos a insistir ahora, la evidencia de que el controvertido color negro no contiene, contrariamente a lo que se apuntaba en algunas determinaciones anteriores²⁰, carbono orgánico alguno sino elementos minerales de composición química heterogénea.

Centrándonos ahora brevemente en ellas, hemos de indicar que las casas semisubterráneas de esta segunda fase están constituidas, salvo alguna excepción que probablemente responde a razones de índole funcional, por piezas cuadrangulares flan-

¹⁷ HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, 1999, pp. 49-51.

¹⁸ BELTRÁN y ALZOLA, 1974.

¹⁹ VERNEAU, 1889, pp. 234-235.

²⁰ ONRUBIA PINTADO y otros, 2002.

queadas por una o, casi siempre, dos alcobas laterales enfrentadas. No obstante, en lo que no es más que la duplicación del prototipo, dos de estas unidades de habitación pueden aparecer integradas en una misma vivienda. A diferencia de lo que suele ocurrir con las construcciones del primitivo asentamiento, más pequeñas y por lo que parece siempre exentas, las casas semisubterráneas indígenas se suelen agrupar en conjuntos formados por habitaciones medianeras que enlazan sus paramentos exteriores, en general de diseño curvilíneo. Es precisamente a partir de estos bloques compactos de viviendas como se articulan las vías de circulación en el interior del caserío. Las manzanas se disponen a lo largo de calles horizontales, auténticos andenes comparables a los acondicionados en los conjuntos rupestres a los que se abren, siempre a un mismo nivel, las entradas de las habitaciones, preferentemente orientadas al mediodía. Si se trata de agrupaciones de disposición más o menos radial, los andenes se transforman en zaguanes a cielo abierto. En toda lógica, y a fin de evitar los efectos de la abrasión provocada por el trasiego de los viandantes sobre el frágil substrato rocoso, unas y otros, acondicionados en la toba, están recubiertos por pisos de tierra compactada limitados por las traseras de las casas situadas a un nivel inferior y, en su caso, por muretes de contención constituidos por simples alineamientos de piedras. La sucesión de estos aterrazamientos y plataformas perpendiculares a la línea de máxima pendiente permite la interconexión vertical entre los distintos bloques y la progresión hacia las cotas más elevadas de la colina.

No es éste el lugar adecuado para extendernos sobre la tipología de estas viviendas cuyo examen pone de manifiesto, de manera elocuente, la presencia de un patrón constructivo explícito y recurrente que evidencia, por otra parte, la homología existente, en lo que a la morada aborígen respecta, entre las cámaras excavadas y las habitaciones semisubterráneas²¹. Digamos, por citar sólo algunas de las aportaciones más novedosas, que las investigaciones realizadas han permitido documentar por primera vez, confirmando así lo recogido por distintas fuentes

²¹ Se puede ver un análisis detallado de estas viviendas, y en general de la casa indígena, en ONRUBIA PINTADO, 2003

escritas, la utilización en modo alguno excepcional de aparejos compuestos por sillarejos de toba o la aplicación sistemática de morteros y pinturas murales que, en ocasiones, cubren asimismo los pavimentos de las viviendas (figuras 8 y 9). Poseemos también, a raíz de estos trabajos, valiosas indicaciones acerca de la organización del espacio interior en el que destacan algunos elementos que se repiten con reiteración: las alcobas, de medidas siempre regulares sea cual sea el tamaño de la casa a la que se asocian, dotadas de mechinales; los hogares centrales; y las series de enigmáticas perforaciones abiertas en el testero de las piezas principales.

Respecto a los materiales, las condiciones en que tuvo lugar la deserción y fosilización de estas moradas hacen que el número de objetos abandonados y conservados en su interior sea escaso. En el capítulo de la artesanía del barro, donde llama la atención la ausencia en los pavimentos de las casas de esta fase de pintaderas y figurillas de arcilla²², no faltan, con todo, los recipientes indígenas. Junto a ellos encontramos no pocos objetos de origen europeo, entre los que destacan las lozas finas y las cerámicas comunes andaluzas y levantinas, las herramientas y armas metálicas, los adornos de vidrio y las piezas de moneda²³.

EL PARQUE ARQUEOLÓGICO CUEVA PINTADA:
MUSEO DE SITIO Y CENTRO DE INVESTIGACIÓN

Próxima ya su apertura al público, el Parque Arqueológico Cueva Pintada abandona con paso firme la dilatada etapa de proyecto para acercarse, al fin, a la realidad que siempre aspiró a ser: un museo de sitio entendido como zona arqueológica musealizada, como yacimiento que, convertido en auténtico «sitio del museo», se constituye en unidad expositiva por antonomasia (figura 10). Y si, como hemos tenido ocasión de comprobar, la investigación ha sido protagonista principal en el ámbito del diseño y de la ejecución de las actuaciones hasta ahora de-

²² ONRUBIA PINTADO y otros, 2000.

²³ ONRUBIA PINTADO y otros, 1998

sarrolladas, su papel no puede ser irrelevante en la nueva fase que se abre ante nosotros. Por un lado, porque la correcta y completa documentación de sus fondos muebles e inmuebles, sobre los que descansa precisamente toda su singularidad, aparece, tal y como ocurre con toda institución museística, como una obligación ineludible. En segundo lugar, porque la conservación y salvaguarda futura de estos bienes, y muy especialmente de la cámara policromada, están íntimamente unidas al mantenimiento de las investigaciones en curso. Por último, porque de la investigación y de su eventual progreso depende cualquier posibilidad, por pequeña que ésta sea, de enriquecer y actualizar sus contenidos, y los correspondientes soportes y materiales de presentación y difusión, a medio y largo plazo.

Consolidados con carácter definitivo los bordes de la zona excavada, y delimitado así por exclusión un amplio sector del yacimiento como reserva arqueológica para futuras generaciones de investigadores, el programa de investigaciones arqueológicas inicia, pues, una nueva andadura. Está previsto, de una parte, que los trabajos de campo prosigan dentro del área visitable, donde aún quedan algunas estructuras y suelos de ocupación por terminar de excavar y acondicionar para su presentación. El planteamiento y el ritmo de estas tareas ha de hacer compatible el cumplimiento de los objetivos científicos con el régimen de visitas, y sobre todo con la posibilidad de ofertar al visitante la contemplación ocasional de estas labores como forma de acercarle, en directo, a las técnicas de producción del conocimiento en arqueología. Ha llegado el momento, por otro lado, de centrar todos los esfuerzos en el estudio de los numerosos repertorios materiales, cuyo examen rara vez ha superado la fase de catalogación, sin olvidar, claro está, la intensificación del análisis de todos aquellos elementos no artefactuales que, como han demostrado por ejemplo las tempranas determinaciones ictioarqueológicas²⁴, están llamados a aportar datos de una enorme significación. Ni que decir tiene que se impone asimismo diseñar, y acometer, un auténtico plan de publicaciones que, tantas veces postergado a causa de otras urgencias, dé a cono-

²⁴ RODRÍGUEZ SANTANA, 1996, pp. 277-294.

cer al fin de forma completa y sistemática los resultados de estas investigaciones tanto a la comunidad científica como, apelando a la divulgación de calidad y a la diversidad de soportes, al público interesado.

Habida cuenta de esta incuestionable dimensión investigadora, parece además lógico y deseable que desde el ya inminente Parque Arqueológico Cueva Pintada puedan también impulsarse programas y proyectos científicos que vayan más allá de sus propios fondos museísticos. Su adecuada infraestructura, que incluye desde un completo equipamiento en material de excavación, hasta almacenes, pasando por salas de manipulación de material y sedimentos, laboratorio de arqueología, archivo y biblioteca de referencia o taller de restauración, lo convierte en una institución perfectamente preparada para hacerlo, a condición, eso sí, de dotarse de los medios humanos y materiales suficientes. Por lo pronto, no semeja descabellado proponer que, cuando menos, debe asegurarse desde aquí la coordinación científica tanto de las investigaciones arqueológicas preventivas como de los proyectos de valorización del patrimonio arqueológico que tengan por objeto el casco urbano y la vega de Gáldar, bajo los que yace el *Agaldar* prehispánico²⁵, y su entorno próximo. Sólo así estaremos en condiciones de abordar una práctica científica coherente y rigurosa en este gran «parque arqueológico» del que el caserío de la Cueva Pintada constituye, en realidad, «sólo» una expresiva y bien conocida barriada. Si raya en la utopía irresponsable considerar que el modelo de puesta en valor y uso social del patrimonio arqueológico ensayado en esta zona arqueológica puede aplicarse, sin más, a cualquier otro vestigio prehispánico exhumado o por exhumar en sus aledaños, no se debe renunciar, en cambio, a un nivel comparable de conocimiento y, en su caso, de protección.

Más allá de las interminables y estériles disputas gremialistas, de lo que se trata, en lo que a esta coordinación científica hace, es de sentar las bases de una práctica que, aunando percepción y acción, posibilite la adecuación de la teoría a la realidad. Así las cosas, se podría y se debería tender, desde la Cueva Pintada,

²⁵ ONRUBIA PINTADO, 2003, pp. 265-382.

a definir de manera concertada las prioridades científicas de los proyectos de investigación que tengan por objeto la arqueología prehispánica de la comarca de Gáldar; a normalizar sus métodos de producción de datos; a armonizar sus técnicas y sus procesos de registro, presentación y almacenamiento de la información; a consensuar, en fin, los principios de evaluación crítica de sus hipótesis, y de todo su cortejo de mecanismos capaces de generalizar o de refutar. Una vez provisto de una sólida trayectoria como centro impulsor de la investigación arqueológica comarcal, el Parque Arqueológico Cueva Pintada estaría, de añadidura, en inmejorables condiciones de convertirse en el embrión de ese gran instituto insular de investigaciones y estudios prehispánicos que tantas veces soñara Celso Martín de Guzmán y que debería no sólo hacerse realidad algún día, sino llevar, en toda justicia, su nombre.

BIBLIOGRAFÍA

- ANTONA, V., I. MORENO, J. ONRUBIA, C. G. RODRÍGUEZ y J. I. SÁENZ (2002): «El proyecto Parque Arqueológico Cueva Pintada (Gáldar). Consideraciones museológicas», *Aguayro*, 230, pp. 110-112.
- BELTRÁN, A., y J. M. ALZOLA (1974): *La Cueva Pintada de Gáldar* (Monografías Arqueológicas, 17), Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Zaragoza, Zaragoza.
- CÁMARA, M. E., M. C. HERNÁNDEZ, C. MARTÍN DE GUZMÁN y J. ONRUBIA (1992): «Prospección geoelectrica en el complejo arqueológico de la Cueva Pintada (Gáldar, Gran Canaria). Resultados preliminares e implicaciones arqueológicas», en *Jornadas sobre teledetección y geofísica aplicadas a la arqueología*, Ministerio de Cultura, Madrid, pp. 127-135.
- FONTUGNE, M., A. GARCÍA BARTUAL, CH. HATTÉ, M. A. NÚÑEZ VILLANUEVA, S. OLMO CANALES, J. ONRUBIA PINTADO, G. PÉREZ JORDÁ, C. G. RODRÍGUEZ SANTANA, J. I. SÁENZ SAGASTI y V. SOLER JAVALOYES, s.a. [1999]: «Parque arqueológico Cueva Pintada (Gáldar, Gran Canaria). Programa de intervenciones e investigaciones arqueológicas. Avance de los trabajos efectuados entre los años 1995-1997», *Investigaciones Arqueológicas*, 6, pp. 489-561.
- HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, N. (1999): *Las cuevas pintadas por los antiguos canarios* (Estudios Prehispánicos, 9), Dirección General de Patrimonio Histórico del Gobierno de Canarias, Las Palmas de Gran Canaria.
- LARIO GÓMEZ, J., S. SÁNCHEZ MORAL, J. C. CAÑAVERAS, V. SOLER, J. ONRUBIA y J. I. SÁENZ, en prensa: «Estudio geoarqueológico de los materiales de relleno y cobertera del Parque Arqueológico de la Cueva Pintada de Gáldar (Gran

- Canaria, Islas Canarias)», en G. S. FLOR RODRÍGUEZ, ed., *Actas de la XI Reunión Nacional de Cuaternario*, Publicaciones de la Universidad de Oviedo, Oviedo.
- MARTÍN DE GUZMÁN, C., A. MELIÁN GARCÍA, J. ONRUBIA PINTADO y M. SAAVEDRA PÉREZ (1993): «El parque arqueológico de la Cueva Pintada de Gáldar (Gran Canaria)», en *Seminario de Parques Arqueológicos*, I.C.R.B.C. del Ministerio de Cultura, Madrid, pp. 23-43.
- MARTÍN DE GUZMÁN, C., y J. ONRUBIA PINTADO (1990): «Excavaciones en el Parque Arqueológico de la Cueva Pintada (Gáldar, Gran Canaria). Avance de las campañas de 1987 y 1988», *Investigaciones Arqueológicas en Canarias*, II, pp. 135-156.
- MARTÍN DE GUZMÁN, C., J. ONRUBIA PINTADO, R. LLAVORI DE MICHEO y J. I. SÁENZ SAGASTI (1992): «Excavaciones en el Parque Arqueológico Cueva Pintada de Gáldar, Gran Canaria (Avance de las actuaciones de 1989 y 1990)», *Investigaciones Arqueológicas*, 3, pp. 153-205.
- MARTÍN DE GUZMÁN, C., J. ONRUBIA PINTADO y J. I. SÁENZ SAGASTI (1994): «Trabajos en el Parque Arqueológico de la Cueva Pintada de Gáldar, Gran Canaria. Avance de las intervenciones realizadas entre julio de 1990 y diciembre de 1992», *Anuario de Estudios Atlánticos*, 40, pp. 17-115.
- (1996): «Trabajos en el Parque Arqueológico de la Cueva Pintada de Gáldar, Gran Canaria. Avance de las intervenciones realizadas en 1993», *Anuario de Estudios Atlánticos*, 42, pp. 17-95.
- ONRUBIA PINTADO, J. (1986): «El complejo arqueológico de la Cueva Pintada de Gáldar (Gran Canaria). Estudio preliminar de los materiales exhumados en 1970», *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 28, pp. 243-285.
- (2003): *La isla de los guanartemes. Territorio, sociedad y poder en la Gran Canaria indígena (siglos XIV-XV)*, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria.
- ONRUBIA PINTADO, J., I. MORENO SÁNCHEZ y V. ANTONA DEL VAL (1999): «Proyecto museológico. Parque Arqueológico de la Cueva Pintada, Gáldar (Gran Canaria)», *Museo*, 4, pp. 133-153.
- ONRUBIA PINTADO, J., A. RODRÍGUEZ FLEITAS, C. G. RODRÍGUEZ SANTANA y J. I. SÁENZ SAGASTI (2000): *Ídolos canarios. Catálogo de terracotas prehistóricas de Gran Canaria*, El Museo Canario, Las Palmas de Gran Canaria.
- ONRUBIA PINTADO, J., C. G. RODRÍGUEZ SANTANA, J. I. SÁENZ SAGASTI, A. GARCÍA BARTUAL y S. OLMO CANALES (2002): «La pintura mural prehistórica de Gran Canaria. La Cueva Pintada y el poblado de Gáldar», en E. MARTÍN RODRÍGUEZ, ed., *I Simposio de manifestaciones rupestres Canarias-Norte de África (1995)* (Faykag, Revista Canaria de Arqueología, núm. extraordinario, otoño de 2002), Las Palmas de Gran Canaria, pp. 271-293. Edición digital.
- ONRUBIA PINTADO, J., C. G. RODRÍGUEZ SANTANA, J. I. SÁENZ SAGASTI, M. DEL C. GONZÁLEZ MARRERO y S. OLMO CANALES (1998): «Los materiales arqueológicos "históricos" de la Cueva Pintada de Gáldar (Gran Canaria). Una primera aproximación al contexto de las series coloniales bajomedievales y modernas (siglos XV-XVI)», en F. MORALES PADRÓN, coord., *XII Coloquio de*

Historia Canario-Americana (1996) I, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria, pp. 643-674.

- QUEROL, M. A. (1993): «Filosofía y concepto de parque arqueológico», en *Seminario de Parques Arqueológicos*, I.C.R.B.C. del Ministerio de Cultura, Madrid, pp. 11-22.
- RODRÍGUEZ SANTANA, C. G. (1996): *La pesca entre los canarios, guanches y auaritas. Las ictiofaunas arqueológicas del Archipiélago Canario*, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria.
- SÁENZ SAGASTI, J. I., C. G. RODRÍGUEZ SANTANA y J. ONRUBIA PINTADO (2003): *La Cueva Pintada. Un nuevo concepto de museo*, Servicio de Patrimonio Histórico del Cabildo de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria.
- SÁNCHEZ-MORAL, S., J. GARCÍA-GUINEA, E. SANZ-RUBIO, J. C. CAÑAVÉRAS y J. ONRUBIA PINTADO (2002): «Mortars, pigments and saline efflorescence from Canarian pre-Hispanic constructions (Galdar, Grand Canary Island)», *Construction and Building Materials*, 16, pp. 241-250.
- VERNEAU, R. (1889): «Habitations, sépultures et lieux sacrés des anciens Canariens», *Revue d'Ethnographie*, VIII, pp. 221-272.



FIGURA 1.—Plano del casco urbano con localización de la zona arqueológica de la Cueva Pintada.



FIGURA 2.—Vista de los trabajos de desmonte realizados en 1970.



FIGURA 3.—Vista de los primeros sondeos arqueológicos realizados en 1987.



FIGURA 4.—Vista de los trabajos de excavación en 1991.



FIGURA 5.—Plano general del caserío prehispánico.



FIGURA 6.—Vista del denominado corte 0.

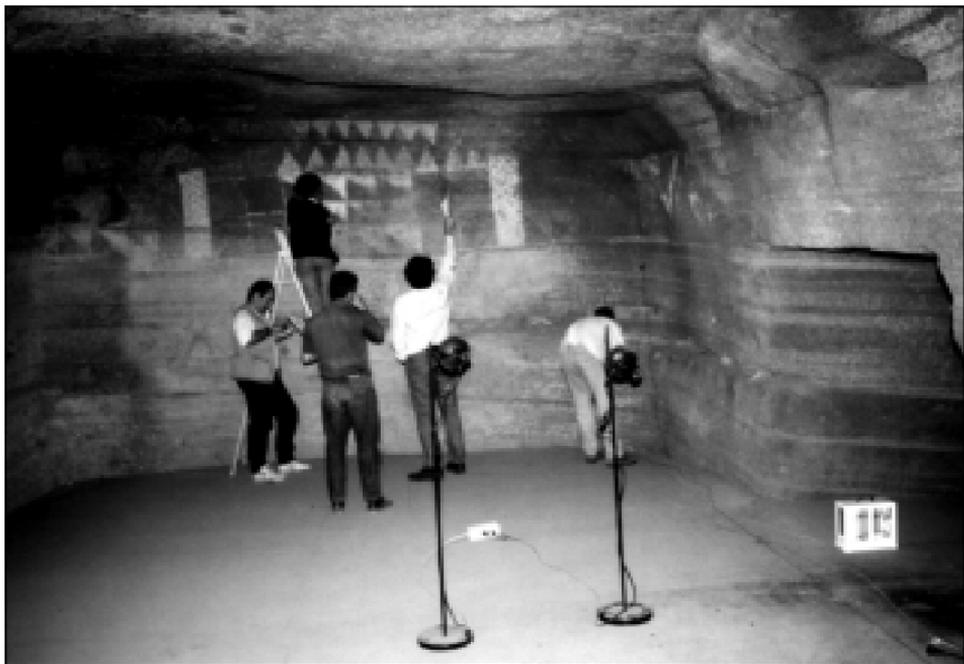


FIGURA 7.—Muestreo de pigmentos en la cámara decorada.



FIGURA 8.—Casa indígena aparejada con sillarejo de toba.



FIGURA 9.—Detalle del llagueado de mortero de una casa indígena.



FIGURA 10.—Vista de los trabajos de ejecución de la cubierta del Parque Arqueológico Cueva Pintada.